



**La formación de valores
en las nuevas generaciones**



1/21.5

LA FORMACIÓN DE VALORES EN LAS NUEVAS GENERACIONES

**“Una campaña de espiritualidad
y de conciencia”**

LA FORMACIÓN DE VALORES EN LAS NUEVAS GENERACIONES

**“Una campaña de espiritualidad
y de conciencia”**

**José Ramón Fabelo
Cintio Vitier
María Isabel Domínguez
Fernando González
Gilberto García Batista**

EDICIONES POLÍTICAS



EDITORIAL DE CIENCIAS SOCIALES, LA HABANA, 1996

Edición: Adiala González y Camilo Pérez
Diseño: Armando Millares Blanco
Proceso del texto: Idalmis Valdés Herrera
Composición del texto: Ana Rosa Hernández
Corrección: Natacha Fajardo Álvarez

- © José Ramón Fabelo, Cintio Vitier, María Isabel Domínguez,
Fernando González, Gilberto García Batista, 1996
- © Sobre la presente edición:
Editorial de Ciencias Sociales, 1996

ISBN 959-06-0260-6

Estimado lector, le estaremos muy agradecidos si nos hace llegar su opinión, por escrito, acerca de este libro y de nuestras ediciones.

Instituto Cubano del Libro
Editorial de Ciencias Sociales, calle 14 no. 4104, Playa, Ciudad
de La Habana, Cuba

Índice

Presentación / 1

“Las crisis de valores: conocimiento, causas
y estrategias de superación” / 6

“Una campaña de espiritualidad y de conciencia” / 2

La formación de valores en la Cuba de los años 90:
un enfoque social / 28

Un análisis psicológico de los valores: su lugar
e importancia en el mundo subjetivo / 46

¿Por qué la formación de valores es también
un problema pedagógico? / 58

Presentación

La formación de valores es un complejo problema en el que confluyen las acciones educativas de diversas instituciones y organizaciones sociales: la familia, la escuela, las organizaciones de masas y sociales, las acciones educativas, organizadas o no, de las instituciones armadas, culturales, económicas, deportivas, religiosas; las agrupaciones informales, los medios de difusión masiva y, en general, el sistema de relaciones materiales y espirituales de la sociedad.

Los diferentes valores, como un intrincado sistema, se desarrollan sobre la base del quehacer cotidiano de los hombres, de sus conocimientos, creencias y representaciones en relación con los diversos fenómenos de la realidad, en la que participan como personalidades íntegras.

Se hace necesario, ante todo, determinar qué valores debemos fortalecer, cuál es su jerarquización, comprender su relativa independencia y su sujeción a una conformación educativa no siempre controlable totalmente, que es personalizada por cada sujeto social.

Por estas razones, la Comisión de educación, cultura, ciencia y tecnología de la Asamblea Nacional del

Poder Popular convocó a una audiencia pública sobre la formación de valores en las nuevas generaciones, y se propuso con ello aunar a los diversos factores sociales en torno a fines comunes y que cada cual desde su enfoque aporte cómo lograr este propósito, con la intención fundamental de contribuir al fortalecimiento de la cubanía, la identidad nacional y la justicia social.

A lo largo y ancho del país se reclamó la participación de todos los ciudadanos, maestros y profesores, investigadores, profesionales y trabajadores en general; de los organismos, las organizaciones sociales y de masas, instituciones científicas y docentes y las organizaciones no gubernamentales radicadas en nuestro territorio.

La audiencia tuvo como objetivos:

- Promover una reflexión de los ciudadanos, los órganos de gobierno, las instituciones y organizaciones sobre la prioridad de la formación de valores en las nuevas generaciones, las formas de acción social y las posibles vías para perfeccionar este proceso.

- Comprometer a todos los participantes en la unidad de acción para lograr una labor educativa de toda la sociedad que propicie el alcance de estos fines.

La audiencia se concibió como un proceso conjunto de eventos anteriores y posteriores a su propia realización, que tuvo lugar en el Palacio de las Convenciones, los días 24 y 25 de abril de 1995. Los pasos previos incluyeron la divulgación de la convocatoria a través de los medios de difusión masiva, la promoción del debate público y en instituciones académicas, así como la estimulación del envío a la comisión organi-

zadora de opiniones, sugerencias y materiales diversos, lo cual le permitió contar con más de un centenar de cartas, ponencias, tesis e, incluso, intercambios personales y telefónicos en los que la población, maestros y profesores, investigadores y otros especialistas de diferentes provincias del país plantearon sus consideraciones acerca del estado actual de los valores en la sociedad cubana, las causas de los problemas existentes, recomendaciones y posibles soluciones.

Los más de dos centenares de participantes en la primera sesión de trabajo escucharon las intervenciones de destacadas personalidades que abordaron el problema de la formación de valores desde distintos planos, teniendo en cuenta los aspectos polémicos. Esto posibilitó un análisis más integral y completo de un fenómeno tan complejo.

Un enfoque filosófico expuso en sus reflexiones el Dr. José Ramón Fabelo, investigador auxiliar del Instituto de Filosofía; el Dr. Cintio Vitier, presidente del Centro de Estudios Martianos lo hizo desde el ángulo histórico; la Dra. María Isabel Domínguez, investigadora del Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas desde el sociológico; el plano psicológico fue abordado por el Dr. Fernando González, Vicerrector de la Universidad de La Habana y el Dr. Gilberto García, Decano de la Facultad de Pedagogía del Instituto Superior Pedagógico "Enrique José Varona", lo hizo desde la arista pedagógica.

Estas intervenciones especiales, a lo largo de casi ocho horas de discusión, fueron complementadas con varias comunicaciones de representantes de institucio-

nes científicas y académicas que se dedican a la investigación sobre la formación de valores o de temas afines, lo que propició el amplio y libre debate de los participantes.

Los materiales e informaciones recibidos previamente, y la relatoría de las discusiones producidas el primer día, sirvieron de base para que al siguiente un grupo más reducido y representativo de los participantes pudiera identificar los problemas y recomendaciones planteados y elaborar el Programa de Acción que se sometió a la consideración de la Presidencia de la Asamblea Nacional.

En el Programa de Acción se propone:

- Extender el análisis y debate sobre la formación de valores a distintas instituciones y territorios como profundización y continuidad del proceso iniciado con esta audiencia, priorizando la discusión entre los jóvenes.

- Garantizar la amplia difusión de los análisis realizados por diferentes vías. La publicación de las Memorias que sirvan a la docencia, al trabajo de distintas instituciones y se utilice como punto de referencia para evaluaciones posteriores.

- Garantizar que los diferentes ministerios, organismos y organizaciones den respuestas a las comunicaciones, inquietudes y opiniones enviadas a esta audiencia, estableciendo los controles necesarios del tratamiento que se brinde a cada situación.

- Hacer llegar las recomendaciones a los organismos, organizaciones e instituciones correspondientes, solicitándoles se tomen en consideración en la proyección de sus políticas y actividades y controlar su aplicación.

La fiscalización de la ejecución del Programa de Acción estará a cargo de las comisiones de Educación de las Asambleas Nacional, provinciales y municipales.

Las crisis de valores: conocimiento, causas y estrategias de superación

Dr. JOSÉ RAMÓN FABELO

Investigador auxiliar del Instituto de Filosofía
y Vicepresidente de la Sociedad Cubana
de Investigaciones Filosóficas

Compañeros diputados e invitados:

Ante todo deseo saludar la celebración de esta audiencia y agradecer el honor que se me concede al invitarme a participar en ella.

El tema que nos convoca es de una importancia estratégica enorme para el futuro de la Revolución. De la formación de valores en las nuevas generaciones depende en grado sumo la continuidad histórica de nuestro proceso revolucionario.

El momento en que se realiza también es crucial. Vivimos tiempos difíciles, de profundos cambios en la arena internacional y de trascendentales modificaciones internas. Estamos situados —parece ser— en la arrancada de toda una época de transición, lo cual obliga a la Revolución a enfrentar condiciones totalmente inéditas que exigen de toda nuestra inteligencia, audacia y entereza para no extraviar la brújula

orientadora de los valores que identifican a la Cuba revolucionaria.

Se me ha encargado abordar el problema desde una perspectiva filosófica integral, y aun sin el ánimo de entrar en disquisiciones teóricas innecesarias, creo imprescindible comenzar por precisar conceptualmente la categoría central que estamos enfrentando: los valores.

Son posibles, cuando menos, tres planos de análisis de esta categoría. En el primero, es necesario entender los valores como parte constitutiva de la propia realidad social, como una relación de significación entre los distintos procesos o acontecimientos de la vida social y las necesidades e intereses de la sociedad en su conjunto. Digámoslo en otras palabras: cada objeto, fenómeno, suceso, tendencia, conducta, idea o concepción, cada resultado de la actividad humana, desempeña una determinada función en la sociedad, favorece u obstaculiza el desarrollo progresivo de esta, y adquiere una u otra significación social, y en tal sentido, es un valor o un antivalor, un valor positivo o un valor negativo. Convengamos en llamarles “objetivos” a estos valores, y al conjunto de todos ellos, “sistema objetivo de valores”. Este sistema es dinámico, cambiante, dependiente de las condiciones histórico-concretas y estructurado de manera jerárquica.

El segundo plano de análisis se refiere a la forma en que esa significación social, que constituye el valor objetivo, es reflejada en la conciencia individual o colectiva. Cada sujeto social, como resultado de un proceso de valoración, conforma su propio sistema

subjetivo de valores, que puede poseer mayor o menor grado de correspondencia con el sistema objetivo de valores, en dependencia, ante todo, del nivel de coincidencia de los intereses particulares del sujeto dado con los intereses generales de la sociedad en su conjunto, pero también en dependencia de las influencias educativas y culturales que ese sujeto recibe y de las normas y principios que prevalecen en la sociedad en que vive. Estos valores subjetivos o valores de la conciencia cumplen una función como reguladores internos de la actividad humana.

Por otro lado —y este es el tercer plano de análisis—, la sociedad debe siempre organizarse y funcionar en la órbita de un sistema de valores instituido y reconocido oficialmente. Este sistema puede ser el resultado de la generalización de una de las escalas subjetivas existentes en la sociedad o de la combinación de varias de ellas y, por lo tanto, puede también tener un mayor o menor grado de correspondencia con el sistema objetivo de valores. De ese sistema institucionalizado emanan la ideología oficial, la política interna y externa, las normas jurídicas, el derecho, la educación formal (es decir, estatal o institucionalizada), etcétera.

En resumen, en el ámbito social —de acuerdo con estos tres planos de análisis—, es posible encontrar, además del sistema objetivo de valores, una gran diversidad de sistemas subjetivos y un sistema socialmente instituido.

El tema de esta audiencia evidentemente alude al segundo plano, es decir, al proceso de subjetivación, de concientización o de formación de valores en un

sujeto determinado, en este caso, las nuevas generaciones. Pero, al mismo tiempo, este plano no es ajeno a los otros dos. Los valores que se forman en la conciencia juvenil son el resultado de la influencia, por un lado, de los valores objetivos de la realidad social con sus constantes dictados prácticos, y, por el otro, de los valores institucionalizados, que llegan al joven en forma de discurso ideológico, político, pedagógico. Una u otra influencia se realizan a través de diferentes mediaciones: la familia, la escuela, el barrio, los colectivos laborales, la cultura artística, los medios de difusión masiva, las organizaciones sociales.

Uno de los más grandes valores de la Revolución ha sido precisamente la formación en el cubano de una alta conciencia valorativa, en la que ocupan un lugar preponderante valores como la justicia, la solidaridad y la independencia. La clave de este éxito radica en la armonía y consecuencia entre el discurso político y la práctica revolucionaria, entre los valores reconocidos e instituidos oficialmente y que las transformaciones revolucionarias han convertido en realidad social. Justicia, solidaridad e independencia son valores presentes en el discurso político de cualquier nación, pero en muy pocas se han hecho reales y plenas. Para el cubano esos valores no han sido meros conceptos abstractos que escucha por la televisión o lee en la prensa, han sido una realidad cotidiana y palpable, un ingrediente inalienable de su habitat sociocultural. Forman parte ya de su identidad.

Y son esos valores los que explican que aún este-
mos aquí resistiendo, contra toda lógica, o para de-

cirlo mejor, contra la lógica pragmática extrema que impera en el mundo capitalista actual. Ha sido esa elevada conciencia valorativa nuestro bastión más firme.

Hoy lo sigue siendo. Tenemos una juventud que, en sentido general, es digna heredera de esos valores. Pero al propio tiempo pueden observarse en una parte de esa misma juventud síntomas evidentes de crisis de valores. El hecho de que sea una parte y no en toda la juventud no le quita importancia y urgencia al problema. Esa parte también es *nuestra* juventud, y es ahora mayor, después de estos años críticos. La tendencia pudiera continuar en aumento. Por eso el enfrentamiento de estos problemas no puede ser aplazado. Está en juego nuestro bastión más firme y, con él, el futuro de la Revolución y de nuestra propia identidad.

Para enfrentar una crisis de valores, por minúscula que esta sea, es necesario entenderla, conocer sus causas y adoptar una estrategia para su superación. A continuación pondremos a juicio de la audiencia una propuesta general de aproximación a estos tres propósitos.

Las crisis de valores por lo general acompañan a las conmociones sociales que tienen lugar en los períodos de transición de la sociedad (progresivos, regresivos o de reacomodamiento). Se producen cuando ocurre una ruptura significativa entre los sistemas de valores pertenecientes a las tres esferas o planos que hemos analizado: los valores objetivos de la realidad social, los valores socialmente instituidos y los valores de la conciencia. Es en esta última esfera —en la

conciencia— donde con mayor plenitud se manifiesta esa ruptura. Aclaremos que entre los tres sistemas siempre existe cierto desfase, lógico y natural; pero al aumentar notablemente la aceleración de la dinámica social en períodos de cambios abruptos, este desfase sobrepasa sus límites normales, genera cambios bruscos en los sistemas subjetivos de valores y provoca la aparición de la crisis.

Entre los síntomas que identifican una situación de crisis de valores están los siguientes: perplejidad e inseguridad de los sujetos sociales acerca de cuál es el verdadero sistema de valores, qué considerar valioso y antivalioso; sentimiento de pérdida de validez de aquello que se consideraba valioso y, en consecuencia, atribución de valor a lo que hasta ese momento se consideraba indiferente o antivalioso; cambio de lugar de los valores en el sistema jerárquico subjetivo, otorgándosele mayor prioridad a valores tradicionalmente más bajos y viceversa. Todo esto provoca, en la práctica, conductas esencialmente distintas.

Creo que es fácil notar que en mayor o menor medida estos síntomas están presentes en una parte no desestimable de nuestra juventud. Para provocarlos se han conjugado varios factores sociales externos o internos. Analicemos primeramente los factores externos.

Para nadie es un secreto que en la conciencia de muchos cubanos la comunidad socialista, y especialmente la Unión Soviética, representaba un paradigma social, de ideal alcanzar, como un deber-ser al cual nos acercaríamos paulatinamente. Al derrumbarse el

sistema socialista y desaparecer la URSS, se destruye uno de los principales patrones valorativos de comparación, a través de cuyo prisma se juzgaban como positivos o negativos muchos de los procesos y acontecimientos de la vida nacional e internacional.

Además, la caída del “socialismo real” puso en crisis al marxismo, sobre todo en su versión dogmática y anquilosada, que en buena medida se identificaba con la experiencia particular del socialismo en la URSS y con las ideas que le servían de fundamento y de apología. Téngase en cuenta que el marxismo se encuentra prácticamente generalizado a toda nuestra enseñanza y que la mayoría de nuestros profesores fueron formados en esa versión. Tal y como estaba diseñada la teoría, los rápidos acontecimientos que se produjeron no podían encontrar explicación en ella. Este contraste entre realidad y teoría provocó que esta última cayera en descrédito y que no pocos adoptasen una actitud nihilista hacia el marxismo en general y hacia los valores a él asociados.

La unipolaridad política que le sucede a la debacle del socialismo y las manifestaciones ideológicas que la acompañan —como son las distintas concepciones sobre el fin de la historia, la muerte de las utopías, la cancelación de las aspiraciones a alcanzar una sociedad más justa, etcétera— son otros tantos factores que influyen sobre una parte de nuestra juventud, que no vive en una cúpula de cristal y que no puede ser totalmente ajena a la crisis universal de valores que impera hoy en el planeta.

El cuadro no estaría completo si no tomásemos en cuenta la permanente agresión ideológica del impe-

rialismo, agresión que se ha intensificado notablemente en estos tiempos y que ha tratado de sacarle todo el partido posible a nuestros problemas internos y a la crisis del movimiento revolucionario mundial. La propaganda imperialista dirigida contra Cuba tiene el descarnado propósito de subvertir los valores de la conciencia de nuestro pueblo y, especialmente, de nuestra juventud.

Entre los factores internos hay que mencionar, en primer lugar, la crisis económica. Las carencias materiales, el bajo nivel de satisfacción de las necesidades, provoca en muchos casos la disminución ostensible del valor que se le asigna a fenómenos de más alto vuelo —sociales, espirituales— y que se sobredimensione el valor de todo aquello que se asocia a la satisfacción de las necesidades materiales, individuales y familiares. Como resultado nos topamos en esos casos con conductas más pragmáticas, más materialistas, menos altruistas y menos solidarias. Los problemas económicos también traen aparejado en algunos cierto escepticismo sobre el futuro de la Revolución y su capacidad para enfrentarlos, y, en otros, al desbordar sus umbrales personales de resistencia, una vuelta de la mirada hacia la sociedad de consumo en busca de un escape a la difícil situación.

Otro de los factores que incide es el desfase —lógico en cierto sentido— entre los dictados valorativos de la muy cambiada realidad cotidiana y su mucho más lento reflejo en el sistema de valores institucionalizado. Debido a este desfase el individuo, para satisfacer sus apremiantes necesidades cotidianas, se siente compulsado a adoptar una conducta

práctica que aún no tiene respaldo legal ni reconocimiento oficial: compra y vende, participa en el mercado negro, busca fuentes alternativas de ingresos, etcétera. Esta contradictoria relación entre las influencias valorativas que se reciben desde la realidad social, por un lado, y desde el Estado, sus instituciones y leyes, por otro, se reproduce en la conciencia social en forma de contradicción entre psicología social e ideología, y provoca un desdoblamiento de la conciencia y de la conducta —lo que habitualmente se llama doble moral— según el sistema de valores que se adopte en cada caso. En determinadas circunstancias se piensa y se actúa de una forma y en otras de manera distinta. Esta situación corroe la integridad y firmeza de los sistemas subjetivos de valores; provoca una especie de existencia dual. Y esto, en el mejor de los casos. Allí donde los valores ideológicos de la conciencia no son lo suficientemente fuertes, se rompe este contradictorio equilibrio y se adopta, en consecuencia, una forma de actuar y pensar totalmente ajena a los valores socialmente instituidos. No hay dudas de que las diferentes medidas que se han ido tomando —la despenalización de la tenencia de divisas, la institución del trabajo por cuenta propia, la apertura de los mercados agropecuarios, y de productos industriales y artesanales— han sido respuestas muy importantes en esta dirección. Pero todo no ha sido aún resuelto y este factor sigue actuando en favor de la crisis de valores.

La imprescindible entrada de capital internacional, las reformas capitalistas que lo acompañan y los indiscutibles beneficios que reciben los trabajadores

insertados en esferas vinculadas al capital extranjero y al flujo de divisas, introducen nuevos elementos distorsionadores de la conciencia valorativa. Profesiones como la del médico, la del maestro, la del profesor o la del científico, que tradicionalmente han recibido una alta estima por su importante función social, por la entrega y consagración que presuponen, ahora descienden a un segundo plano en las jerarquías subjetivas de valores.

La aparición de nuevas e inevitables formas de desigualdad social, asociadas al cuentapropismo, al mercado agropecuario y a la tenencia de divisas, unidas a otras formas vinculadas al desvío y apropiación indebida de recursos y a la existencia de una multivariación de modos de distribución de la riqueza social, afectan el sentido de la justicia como valor, mucho más en una época de crisis en que se produce de manera natural una hipersensibilización de las masas hacia toda desigualdad no basada en el trabajo o no proporcional a la cantidad y calidad del trabajo.

Son éstos algunos de los factores que mayor incidencia han tenido en la crisis de valores que afecta a una parte de nuestra juventud. Ellos actúan, a su vez, sobre la familia, el barrio, la escuela y otras mediaciones, desde donde el joven recibe las influencias valorativas, y se agregan a las deficiencias de método y de contenido que aún tenemos en nuestra labor educativa.

Como quiera que estos últimos aspectos serán abordados de manera específica en otras intervenciones, me limitaré a analizar algunas líneas estratégicas generales que deben favorecer, en su conjunto,

una adecuada formación de valores en las nuevas generaciones.

Es obvio que la gradual recuperación económica, unida al rescate del valor de la moneda nacional y a su uso como mecanismo estimulador del trabajo y propiciador de una distribución justa, homogeneizada en lo posible alrededor del salario y basada en la cantidad y calidad del aporte individual, irán creando paulatinamente condiciones sociales más favorables para la formación de valores en los jóvenes. Por su importancia, esta perspectiva no puede ser obviada. Pero al mismo tiempo conocemos que su ritmo de realización será necesariamente lento y que no podemos esperar a que esas condiciones estén creadas para adoptar líneas de trabajo que se reviertan en la elevación de la calidad del proceso de formación de la conciencia valorativa en las nuevas generaciones.

Entre las líneas que de inmediato pueden adoptarse nos parecen de suma importancia las siguientes:

1) Debe evitarse en nuestro sistema de enseñanza una transmisión fría y esquemática de valores. Más que enseñar valores fijos, debemos enseñar a nuestros jóvenes a valorar por sí mismos. Mostrarles, por supuesto, que la justicia, la solidaridad, la honradez, son grandes valores del ser humano, pero que esos valores se llenan de contenido concreto según las circunstancias, que ese contenido cambia, que lo que hoy es justo mañana puede no serlo y viceversa; que en ocasiones los valores chocan y entonces hay que optar por el que jerárquicamente es más importante; que esa jerarquía es también mutable y dependiente de las condiciones, y que la elección que en un caso

justificadamente hacemos puede no ser adecuada en otro. En resumen, debemos preparar al joven para que pueda orientarse valorativamente de manera acertada ante cualquier contingencia de su vida personal o social.

2) Es necesario pulsar permanentemente los dictados valorativos de la realidad, las exigencias prácticas de la vida cotidiana, de manera que podamos ofrecer con la mayor agilidad posible, una respuesta política, jurídica y pedagógica a las contradicciones que normalmente aparecen en los períodos de cambio entre la psicología social y la ideología dentro de la estructura de la conciencia social, con el fin de lograr la eliminación gradual del sustento objetivo de la doble moral.

3) Es importante mostrar que las reformas capitalistas que hoy nos vemos precisados a introducir, asociadas sobre todo a la recaudación de divisas y a la introducción de capital internacional, aun cuando pueden acarrear consecuencias no deseables, son medidas absolutamente necesarias e inevitables en nuestras condiciones y no constituyen un fin en sí mismas, sino un valor instrumental, un medio que nos permitirá, en primera instancia, lograr la recuperación económica y preservar en la práctica valores de muy alta jerarquía como la independencia, la dignidad nacional y las grandes conquistas de justicia social que la Revolución ha traído a nuestro pueblo; pero que además nos permitirá alcanzar un estadio cualitativo superior de la sociedad con cuotas todavía mayores de independencia, dignidad, justicia y bienestar social.

4) En estrecho vínculo con lo anterior, es de gran importancia en estos momentos reconceptualizar nuestra utopía, nuestro proyecto, nuestra imagen de la “sociedad de llegada”, de manera que sea posible otorgarle un sentido estratégico nítidamente socialista a todo lo que hacemos hoy y evite la impresión de que nos movemos irremediabilmente hacia el capitalismo.

5) Es imprescindible rescatar la credibilidad del marxismo, despojarlo de los vicios dogmáticos y de las desfiguraciones históricas de que fue objeto, renovarlo creadoramente según las circunstancias actuales y en estrecho vínculo con el ideario patriótico, independentista y socialista de la nación.

6) Es preciso poner permanentemente en evidencia ante nuestros jóvenes el nexo histórico y genético existente entre los valores que hoy la Revolución defiende y los que se encuentran en el fundamento y origen mismo de la nación cubana, la coincidencia de sentido y la identidad de valores que para el cubano en este momento encierran los conceptos de “patria”, “revolución” y “socialismo”.

7) Debe propiciarse a las nuevas generaciones un conocimiento mayor de la otra cara del capitalismo, que por lo general se mantiene oculta, donde se concentran la miseria, la insalubridad, la incultura, la injusticia y la muerte, de aquella a la que pertenece la mayor parte de este mundo y cuyas condiciones inhumanas de vida son el resultado y la garantía del consumismo, el despilfarro y los alardes tecnológicos de que disfrutan una parte minoritaria de la humanidad. Esa otra cara ya Cuba la conoció antes de

1959 y es la que, por la lógica de nuestro desarrollo histórico, nos volvería a tocar si abandonásemos la senda revolucionaria. Eso debe quedar bien claro a todos nuestros jóvenes. Al mismo tiempo es necesario demostrarles los límites históricos, ecológicos y humanos que tiene el capitalismo como sistema, su irracionalidad como modo de organización de la sociedad, su imposibilidad como modelo del futuro humano y, en este sentido, la confluencia de los valores que hoy Cuba defiende con los valores universales que la humanidad necesita realizar para garantizar su supervivencia.

Muchas gracias.

“Una campaña de espiritualidad y de conciencia”

CINTIO VITIER

Presidente del Centro de Estudios Martianos

Si nos reunimos para considerar la prioridad de la formación de valores en las nuevas generaciones, es porque partimos de una premisa: hay una cierta quiebra de valores, o, por lo menos, su presencia no es suficiente en la actitud y la conducta de las nuevas generaciones.

Lo primero, entonces, será preguntarnos por qué sucede esto. Nunca antes, desde el triunfo de la Revolución, se había detectado una crisis moral en zonas significativas de la juventud que suscitara preocupaciones como las que hoy sentimos.

Durante años pudo decirse que el principal acontecimiento pedagógico de la Revolución era la Revolución misma, con lo que se aludía a la vivencia o cercana resonancia de su epicidad en dos fases y planos conexos: la lucha insurreccional, que rápidamente tuvo que convertirse en lucha contra el imperialismo norteamericano, y las medidas fundadoras de una justicia social sin paralelo en América Latina y el Caribe. Basta recordar la constelación de jóvenes héroes que culmina en la figura emblemática de Ernesto

Che Guevara para entender la atmósfera ética, y por lo tanto profundamente formativa, que precedió a las que hoy llamamos nuevas generaciones.

Para éstas, desde los años de la llamada “institucionalización” hasta el “período especial”, la epicidad es más una leyenda que una vivencia, y los logros sociales, más que una emocionante conquista, constituyen un hábito, casi una rutina desgastada por apologías repetitivas. Si a esto se añaden el desplome del campo socialista, sus consecuencias en nuestra economía y la onda de nihilismo que recorre el mundo en este fin de siglo, tenemos causas y razones más que suficientes para explicar la quiebra o ausencia de valores que se percibe en zonas de nuestra juventud.

Sería ingenuo pensar, ante factores de tanta magnitud, que una campaña educativa con fines axiológicos puede resolver por sí sola, de la noche a la mañana, tales fenómenos. Aquí se pone de manifiesto la profunda relación de los problemas económicos con los problemas morales, y ello debe llevarnos a ver en estos momentos a nuestros economistas trabajando hombro con hombro con nuestros educadores. Sin duda la solución de los problemas materiales, siempre que se mantenga fiel a los principios fundadores de la Revolución, resulta indispensable para los fines que nos proponemos. No será nunca ése, sin embargo, el único factor necesario, y, por otra parte, mientras esa solución, inevitablemente compleja y lenta, se abre paso y despeja el camino, ciertamente no podemos descuidar una tarea educativa en la que

tienen que unir sus esfuerzos todos los agentes civiles, organismos e instituciones de nuestra sociedad.

Cuando hablamos de principios fundadores y fines axiológicos debemos remontarnos a una eticidad y una pedagogía que comienzan para nosotros (asumiendo un legado humanista y cristiano de siglos) en las aulas del Seminario de San Carlos con el padre Félix Varela, continúa en las del Salvador con José de la Luz, prosigue en las del San Pablo con Rafael María de Mendive y culmina en el pensamiento revolucionario de José Martí, Maestro del primer grupo de jóvenes marxistas cubanos en los años '20 y de la que a sí misma se llamó Generación del Centenario Martiano en 1953. Es esa continuidad, siempre amenazada por adversarios autóctonos y foráneos, la columna vertebral de nuestra historia, y sólo ella, que mereció parir hombres como Céspedes, Agramonte, Gómez y Maceo, pero también un pueblo capaz de inspirarlos y seguirlos; sólo nuestra historia, decimos, puede enseñarnos quiénes somos, cuáles son nuestras tendencias negativas y positivas, nuestras lacras y virtudes características, nuestros enemigos internos y externos. No se trata de aferrarnos a un ontologismo histórico. Se trata de reconocer que tenemos modos característicos de reaccionar ante las más diversas circunstancias, como los tiene todo conglomerado humano convertido en nación, y más si ha partido de un *status* colonial que lo ha obligado a conquistar, con las armas de la cultura y las inevitables de la guerra, un lugar en el mundo: es decir, su propia historia, en el ámbito del devenir universal.

Ha de ser, pues, nuestra propia historia, ya que no constituye un pasado inmóvil sino que seguimos haciéndola cada día, un agente cada vez más vivo y real en la formación de las nuevas generaciones. Y cuando decimos historia no queremos decir sólo fechas, nombres y sucesos. Queremos decir búsqueda de un sentido, que es precisamente lo que hoy se intenta negar a la historia, cuando no clausurar sus puertas para que nadie siga haciéndola. Y es por eso que hoy más que nunca tenemos que dirigir los ojos hacia ese horizonte llamado José Martí, hacia el hombre que más de cerca y más de lejos nos acompaña, y propiciar su encuentro, su diálogo con nuestros niños, adolescentes y jóvenes dentro de un estilo pedagógico como el que él elogió y practicó: libre, conversacional, gustoso. No creemos que ahí esté la panacea milagrosa para todos nuestros males, a los que por otros caminos concurrentes hay que acudir, pero sí el antídoto contra muchos venenos, la fuerza para resistir adversidades, la capacidad de generar nuevos espacios de creación y libertad, el gusto por la limpieza de la vida, y sobre todo, la convicción de que la historia, que en sus momentos de extravío puede ser tan ciega como la naturaleza desbordada, obedece a un último imperativo de “mejoramiento humano”. Y cuando no es así, es nuestro deber —porque tal aspiración es la que nos hace hombres y mujeres— luchar por que así sea.

Generosamente acogidas las ideas que esboqué en mi artículo “Martí en la hora actual de Cuba” por el Ministerio de Educación, que a su vez desde febrero de 1991 había editado el magnífico folleto de Luis.

Toledo Sande *José Martí en la fragua de nuestro espíritu*, al comenzar a ponerse en práctica lo que llamamos una “campana de espiritualidad y de conciencia”, en la correspondiente “Guía para los maestros de las aulas martianas” escribí:

“En todos los niveles, en todos los grados, habrá de ponerse de relieve la eticidad y la espiritualidad martianas, culminación revolucionaria de la tradición iniciada por el padre Félix Varela y José de la Luz y Caballero, reflejada en todos sus actos, en su concepción del mundo, en su sentido del deber, en su culto a la belleza, en su toma de partido ‘con los pobres de la tierra’, en sus métodos de lucha, en su estilo literario, por donde nos enseña que el ajuste de fondo y forma, de voluntad y decoro, de pasión y cortesía, debe ser la norma de nuestra conducta cotidiana, siempre atenta a la dignidad personal y al servicio colectivo. Maestros voluntarios y entusiastas, aulas vitales e inspiradas, alumnos participantes y gustosos de la hermosa compañía que van ganando, práctica constante del ‘pensar por sí propio, el ejercicio íntegro de sí y el respeto, como honor de familia, al ejercicio íntegro de los demás’, fundamento de la patria: un pueblo, en fin, de niños, adolescentes y adultos martianos: a eso aspiramos. Tal es nuestra tarea”.

Pero esta inmensa tarea no puede ni debe ser responsabilidad exclusiva de la escuela, aunque tenga en ella su centro. Como ya lo advertimos y está previsto en la convocatoria de esta audiencia pública dirigida “a la población, a todas las organizaciones, instituciones y organismos implicados en el proble-

ma” (entre las que echamos de menos a las instituciones religiosas), lo que se nos plantea es una empresa de dimensión nacional, cuyo mayor riesgo sería el de caer en consignas abstractas y en cumplimientos mecánicos. Esta especie de nueva alfabetización ética, patriótica y, desde luego, política, es sumamente delicada, no sólo porque tiene que enfrentarse a corrientes mundiales de las que no podemos sustraernos y porque la realidad inmediata no suele estimularla, sino además porque de lo que se trata es de ganar intimidades, sensibilidades, conciencias, almas. La epicidad de los héroes y de los grandes giros multitudinarios en pos de la justicia social, las ganaba fácilmente. No así el desgaste implacable a que nos somete el bloqueo duplicado y creciente, más la intrínseca complejidad de las medidas económicas adoptadas. Es en este marco donde aparecen los jóvenes descreídos, escépticos o desencantados para los cuales las instituciones revolucionarias no tienen ninguna palabra convincente; y aún peor, si esas instituciones esgrimen la palabra de Martí, esta misma deja de ser convincente porque se ha vuelto “oficial”. Lo primero que habría que encontrar ante esas actitudes es *otro lenguaje*. Y esto quizás sea posible, sencillamente, elevando con auténtico espíritu revolucionario el nivel de los medios masivos de comunicación, de tal modo, que no se perciban en ellos “orientaciones” sino comprensiones y discusiones abiertas donde los jóvenes aludidos —que pueden ser iletrados o intelectuales— no sean simplemente las ovejas descarriadas del rebaño sino partícipes de un proceso que no puede darse el

lujo de desconocerlos o de tratarlos con un paternalismo inútil. De ellos podemos aprender, en primer término, cuáles han sido nuestras insuficiencias.

Una vez más llamamos la atención acerca de la frecuente desgracia de las llamadas “películas del sábado”. Impunemente suele penetrar con ellas en nuestros hogares un mensaje deformante y opuesto de raíz a los valores que pretendemos fomentar. El letrero advirtiendo que el film que va a proyectarse contiene “lenguaje de adultos, violencia y sexo”, aunque agradecer, no evita la impunidad, porque el daño mayor no sería para los niños que apenas entienden esos engendros o los reducen a sus aspectos más espectaculares, sino que es, de hecho, para los adolescentes que ya se sienten adultos. El dinero, la brutalidad y la cosificación consumista del mundo son los verdaderos héroes de esos subproductos del capitalismo tardío, generalmente sin ninguna calidad artística, comerciales y amorales hasta la médula, alienados y alienantes. Su reiterada presencia en nuestras casas no se justifica. La programación televisiva —en la que hay espacios muy encomiables— debiera considerarse integralmente, junto con la radial y con la prensa plana, en función de los objetivos planteados por esta audiencia pública de la Asamblea Nacional del Poder Popular. Ojo, sin embargo, por otra parte, con puritanismos contrarios a nuestra idiosincrasia, cuya sensual alegría debe ser cultivada, no reprimida.

Con los niños podemos trabajar en relativa paz en la escuela. Con los adolescentes y jóvenes, aunque no sean de los llamados “conflictivos” (que tantas ve-

ces son los más originales y valiosos), la tarea suele ser difícil. Y más difícil aún fuera de las aulas, en el hogar no siempre estimulante de lo mejor, en las calles de los barrios más golpeados por el “período especial”. ¿Llegaremos hasta las marginalidades más desdichadas y hasta los rincones más oscuros con la luz que a todos nos excede, no como dueños sino como servidores suyos? Creemos que sí, que es posible. Despojados de prejuicios, de vanidades, de autosuficiencias, por sutiles que sean, pongámonos a la obra, interiorizando estas martianas palabras indelebiles: “La única ley de la autoridad es el amor”.

La formación de valores en la Cuba de los años 90: un enfoque social

MARÍA ISABEL DOMÍNGUEZ

Investigadora del Centro de Investigaciones
Psicológicas y Sociológicas

Analizar qué pasa con los valores en la sociedad cubana hoy requiere un enfoque dialéctico para entender su complejidad.

Si se piensa en los valores centrales, fundantes de la nacionalidad cubana y concretados en el proyecto de la Revolución, habría que decir que no hay cambios, pero sí algunos reajustes en sus formas de materialización, por ejemplo el valor de la igualdad.

Si se piensa en la escala de valores de los grupos sociales y los individuos habría que aceptar que existen transformaciones, las cuales siguen dos tendencias: una, que significa una readecuación a las nuevas circunstancias económicas, sociales y políticas tanto nacionales como internacionales y tienen un signo positivo, porque representan una puesta a tono con el momento histórico, obligan a desechar esquemas, reordenar las prioridades, etcétera; y otra, que implica un deterioro de los valores, no sólo de aquellos que se identifican más fuertemente con una ética de la Re-

volución como el colectivismo, sino incluso de valores morales universales como la honestidad.

Estos procesos no son exclusivos de los jóvenes, sin embargo las peculiaridades de esa etapa de la vida y lo que significa atravesar el período especial en esas edades los convierte en un grupo donde estos cambios y sus efectos tienen mayor agudeza.

En primer lugar, porque las consecuencias de la situación económica y social para los grupos juveniles, que aún no se han insertado socialmente (es decir, no han alcanzado una calificación, no han adquirido un empleo, no han conformado una familia propia), tienen una naturaleza diferente, tanto en sus afectaciones concretas como en sus implicaciones subjetivas.

En segundo lugar, porque la escala de valores se está conformando y la incidencia de fenómenos negativos en ese período puede poner un sello en esa generación que los acompañe el resto de sus vidas, sobre todo porque no tienen una experiencia vital que actúe como contrapeso de esas tendencias.

Y en tercer lugar, porque la etapa juvenil es un proceso de transformación social y no sólo de adaptación personal. Cuando ese fenómeno invariable acontece en un momento de cambio social más general, como el que se está produciendo en Cuba hoy, impacta a la juventud como conjunto, y contribuye a formar rasgos generacionales peculiares y a imponer visiones propias, que si bien se apoyan en la experiencia acumulada por las generaciones anteriores, representan un mayor acercamiento a las condiciones de su momento.

Por eso nos interesa, en especial, tratar de entender cómo evolucionan los valores en los jóvenes, aun cuando muchos de los rasgos de ese proceso se dan en forma similar en el resto de las generaciones.

Pero para esa comprensión es necesario tomar en cuenta las condiciones sociales de partida, las cuales expresan el grado de preparación que tenía la población, y en especial la juventud, para enfrentar la crisis, porque todos los problemas de hoy no son sólo el resultado de la misma.

No es posible detenernos aquí en un análisis detallado de esas condiciones en las que, sin duda alguna, hay elementos favorables y desfavorables.

Quizás el más positivo haya sido el fuerte consenso social en torno a valores básicos de la Revolución como la igualdad y la justicia, que ha mantenido a la mayoría integrada al proyecto.

Entre los elementos negativos habría que referirse a la conciencia igualitarista que se ha desarrollado a lo largo de todo el proceso revolucionario y que tuvo un reforzamiento durante los años 80, cuando los problemas en el funcionamiento de la economía y las distorsiones en la aplicación del principio de distribución socialista contribuyeron a fomentar altas expectativas de bienestar material, desconectadas de las posibilidades reales con que contaba el país y del aporte laboral que cada ciudadano hacía, lo que produjo una tendencia al debilitamiento del valor trabajo y del sentido del deber social.

La segunda cuestión es la referida al proceso de socialización de niños y jóvenes. Este proceso, encaminado a transmitir las normas y valores que permi-

tan la inserción en la vida social, se desarrolla en nuestra sociedad mediante un conjunto de instituciones: la familia, la escuela, las organizaciones políticas y de masas, los colectivos laborales, los medios de difusión masiva, el arte y la cultura, el deporte y las fuerzas armadas. Aunque estas instituciones alcanzaron importantes logros, sobre todo en aquellas acciones concretas que constituían sus responsabilidades específicas, presentaron también varias insuficiencias, especialmente en su funcionamiento conjunto, que limitaron su efectividad. Las principales insuficiencias han sido:

En primer lugar, la fragmentación: Esta se expresó en la ausencia de un enfoque sistémico en el funcionamiento de las instituciones socializadoras. Los resultados de investigaciones realizadas como parte del Programa Científico-Técnico sobre la Formación de la Juventud demostraron que dichas instituciones no actuaron de manera coordinada, como subsistemas de un sistema general.

Esa desconexión entre instituciones socializadoras en muchos casos condujo a la anulación mutua de las acciones educativas. Este efecto se produjo por dos razones fundamentales:

- Cada subsistema enfatizó aquellos aspectos que consideraba su responsabilidad específica y dejó el resto al otro que supuestamente le correspondía, lo que resultó en una amplia acumulación de exigencias con el mismo nivel de prioridad.
- Dificultades con la precisión y concreción de los objetivos formativos, pues aunque estuvieron definidas las metas generales de esa formación, no resulta-

ron claras las etapas concretas ni su alcance y jerarquía en cada momento del desarrollo de la sociedad. Al no contar con la precisión de los fines específicos, el control y evaluación de la marcha del proceso resultó insuficiente, a la vez que se redujeron las posibilidades de planificación.

La escasa precisión de los objetivos condujo a insistir de forma unilateral en algunos contenidos mientras otros no fueron atendidos por ningún subsistema, lo que provocó desbalances en el desarrollo de la juventud. Entre esos contenidos más desatendidos estuvieron precisamente valores morales esenciales como el amor al trabajo y la formación de un sentido de la vida en correspondencia con las posibilidades y necesidades de un país subdesarrollado como el nuestro.

Este funcionamiento no coordinado condujo a una disminución de la influencia que ejercen las distintas instituciones sobre el joven e hizo ganar terreno al papel del grupo de coetáneos, es decir, de jóvenes de edades similares, en la socialización, a partir del desarrollo de una cierta identidad generacional que pretende remarcar sus rasgos distintivos respecto de los adultos y sus diferencias en las maneras de actuar y lucir, lo que muchas veces ha conducido a promover y reforzar actitudes consumistas.

Por otra parte, la acción de ese conjunto de instituciones ha estado concebida para actuar fundamentalmente sobre el joven que se encontraba dentro de los canales, es decir, escuela-trabajo. Cuando el joven salía de ellos —y desde la segunda mitad de los años 80 ello ocurrió con bastante frecuencia— la ac-

ción de esas instituciones quedaba drásticamente reducida y casi limitada a la familia y los medios de difusión. En estos casos ha aumentado aún más la influencia de los grupos de coetáneos y ha sido muy débil la influencia social.

En segundo lugar, la homogeneización: La efectividad del proceso socializador se ha visto limitada, además de por el escaso funcionamiento sistémico, por la debilidad de un tratamiento diferenciado en correspondencia con las características de la estructura social, que permitiera una adecuación entre los contenidos y los métodos empleados y las características del grupo hacia el cual se dirigían. Esa ausencia fue tanto en el nivel macrosocial, al no considerar suficientemente las diferencias entre grupos sociales (ya fueran clasistas, territoriales, etáreas, por sexos o raciales) como en el nivel microsocia, al no tomar en cuenta las diferencias individuales en los colectivos.

Una socialización homogénea contribuyó a formar expectativas homogéneas en la juventud, lo que implica para muchos grupos fuertes desbalances entre sus aspiraciones y sus posibilidades reales de satisfacerlas, que han dado lugar a numerosos comportamientos sociales no deseados.

En tercer lugar, la tecnocratización: Es decir, una socialización dirigida fundamentalmente a brindar informaciones cuyo carácter básico ha sido técnico, operativo y, por tanto, parcial. La educación humanista, encaminada a la formación de valores fue, durante mucho tiempo, escasa y esquemática. Los déficits en la enseñanza de la historia de Cuba y en la transmisión de valores morales tradicionales en la

cultura cubana, contribuyeron a formar a un joven apto para desempeñar funciones específicas pero menos capaz para interpretar los procesos sociales más generales, entender su lugar en ellos e insertarse en la dinámica de cambio. El carácter principalmente técnico de la preparación y la débil interiorización de los valores redujo la creatividad y flexibilidad para ajustarse a realidades cambiantes sin que ello provoque un impacto sustancial en el sistema de normas y valores.

Y en cuarto lugar, el paternalismo: De forma paulatina las distintas instituciones socializadoras redujeron el margen de participación del joven como ejecutor activo de su propia socialización. No hay que olvidar que esta tendencia proliferó en el contexto de una reducción y formalización de la actividad social que se produjo en toda la sociedad desde finales de los años 70, considerada entre las tendencias negativas a superar con el Proceso de Rectificación.

En el plano de la socialización esto condujo a cierto paternalismo y sobreprotección de los adultos hacia los jóvenes, que se expresó, por una parte, en la tendencia a brindarles determinadas condiciones: educación, recreación, bienestar material, etcétera, y a pedirles poco, sin que mediaran apenas vínculos entre lo dado y lo exigido y, por otra, a pautarle demasiado las diferentes acciones, lo que redujo su autonomía e iniciativa. Esto último es reflejo de tendencias subvalorativas de los adultos hacia los jóvenes, que se expresaron en reticencias para considerarlos capaces de realizar tareas incluso menos complejas que las que ellos desempeñaron con esas

edades. Esas tendencias se manifestaron a distintos niveles, desde el seno de la familia hasta los colectivos laborales o las instituciones estatales.

Como resultado se ha conformado un papel pasivo del joven en su socialización y una reducción de la participación social que ha limitado el desarrollo de sentimientos de identificación y de compromiso con las tareas sociales y el despliegue de sus capacidades para la actividad laboral y sociopolítica, a la vez que contribuyó a la aparición de algunas tensiones en las relaciones entre generaciones.

Por tanto, pudiéramos resumir que la acción conjunta de la evolución económica y el proceso de socialización, unido a otros factores como la influencia de patrones de referencia externos —sobre todo los de la comunidad cubana en Estados Unidos— ha conformado un modelo de bienestar encaminado a lograr altos niveles de consumo y *status* social y el predominio de una conciencia de consumidor por encima de la de productor, que están en la base de muchas de las actuales situaciones que hoy se expresan en la esfera de los valores.

En tales circunstancias, el país se enfrenta desde hace ya casi cinco años a la peor crisis económica que haya atravesado a lo largo de todo el siglo.

Si evaluáramos el fenómeno con una visión determinista de los efectos de lo económico en la vida social, deberíamos pensar que la magnitud y brusquedad del descenso económico que ha sufrido la sociedad cubana a partir de 1990 debería haber conducido a una fuerte desintegración social y a la quiebra del sistema de valores actuantes.

Si ello no ha ocurrido así es, precisamente, por el papel que desempeñan determinados valores en el proyecto de la Revolución Cubana y que se han expresado tanto como brújula de la estrategia de reestructuración para salir de la crisis, que preserva nuestra soberanía nacional y un criterio de justicia social, como a nivel de la población que ha atravesado este período con gran espíritu de sacrificio.

Pero sería idílico suponer que una conmoción económica de tal naturaleza no produjera también una conmoción en el sistema de valores imperantes y en la escala de valores de los grupos sociales y los individuos.

Las actuales circunstancias socioeconómicas, en las que aparecen un conjunto de fenómenos nuevos como los cambios en las relaciones de propiedad, con la presencia de capital extranjero y la pequeña actividad por cuenta propia, el incremento de la actividad turística y la libre circulación del dólar frente a una moneda nacional devaluada, han provocado diversos efectos como la inversión de la pirámide de ingresos respecto a la estructura social —es decir, que tienen más los que aportan menos—, el incremento de la subocupación, la desocupación y la actividad económica sumergida, movimientos sociales no deseados (por ejemplo profesionales que desempeñan trabajos no calificados), etcétera, que se traducen en un incremento de las desigualdades en el acceso a bienes y servicios, lo cual provoca un impacto en las normas y valores, en particular en aquellos que tienen un vínculo más directo con la vida cotidiana de la gente.

En la medida que la economía se hace más heterogénea, la escala de valores de los grupos sociales se diversifica. A los valores de la honestidad, el sentido del deber, la disposición positiva hacia el trabajo y la solidaridad, que debían regir en unas normas de funcionamiento socialistas y que aún no habían logrado consolidarse, se superpone la búsqueda de salidas individuales que potencian la doble moral, el oportunismo y el utilitarismo.

Eso hace también más heterogénea a la población en cuanto a sus normas de conducta, por lo que es posible encontrar un amplio espectro, con grupos extremos que van desde aquellos en los que se conservan los valores morales esenciales en torno al trabajo, la honestidad y la dignidad humana y nacional, hasta otros cuyos valores en franco deterioro los sitúan al margen de nuestra sociedad, pasando por grupos intermedios en los que esa estructura de valores es híbrida y compleja.

No obstante, quisiera alertar sobre dos cuestiones, porque cualquier clasificación corre el riesgo de ser muy esquemática.

La primera es que cuando hablo de grupos que conservan sus valores no me refiero a que permanezcan inmutables, pues el proceso de readecuación a las nuevas circunstancias no sólo es inevitable sino imprescindible. Por tanto, se trata de preservar la esencia y reajustar sus expresiones concretas, porque, pensar que cambios socioeconómicos nacionales en un escenario internacional transformado podrían enfrentarse sin una fuerte readecuación de

los valores sería poco realista y además ejercería efectos negativos.

La segunda aclaración es que no debe identificarse toda conducta "negativa" de hoy con deterioro de valores y doble moral. Hay que entender que la dureza de la coyuntura obliga a las personas a adoptar determinadas posiciones que realmente rechazan y que preferirían no asumir. Por ejemplo, la necesidad de recurrir a la economía sumergida para adquirir productos cuyo origen es moralmente dudoso y que muchos desearían tener otras alternativas.

Las circunstancias sociales también influyen en el debilitamiento de la acción de algunas de las instituciones socializadoras. En primer lugar, se refuerzan los procesos de desorganización familiar, sobre todo en aquellas familias en que ya existían estos antecedentes: incremento de la inestabilidad en la relación de parejas, promiscuidad, hacinamiento, falta de atención a los hijos menores, tanto material como afectiva, entre otras. Pero además, se hace más complejo llegar a toda la juventud por el incremento de los grupos desvinculados de la actividad educativa y laboral, en un contexto en que las principales instituciones y canales formativos operan en el escenario de la escuela y el trabajo, y es mucho menos efectiva la acción en la comunidad.

Las difíciles condiciones del país y las dudas sobre los plazos de sus soluciones, unido a la pasividad imperante en muchos grupos, está provocando una cierta incertidumbre ante el futuro que se traduce en un reforzamiento del inmediatismo y el hedonismo. A su vez, la combinación de elevadas aspiraciones,

en especial las de consumo material, en momentos de crisis económica, provoca un incremento del consumismo y la búsqueda de vías alternativas para satisfacerlo que incluyen la prostitución, el matrimonio por interés y el delito.

Esto hace que el reto fundamental de este momento sea lograr que la necesaria transformación socioeconómica de nuestra sociedad se acompañe de una transformación ética, en la que se abandonen dogmas y estilos caducos, pero se preserve lo más valioso de la moral nacional y revolucionaria edificada a lo largo de nuestra historia.

Desde nuestro punto de vista ello requiere un reajuste de aspiraciones en las jóvenes generaciones encaminado a lograr:

- 1) Un balance más adecuado entre aspiraciones individuales y metas sociales.

- 2) Un ajuste mayor entre aspiraciones y posibilidades reales de satisfacerlas, tanto a nivel social como individual.

El logro de esos objetivos requiere de una acción combinada en dos direcciones fundamentales. La primera depende de que el reordenamiento de las relaciones económicas no pierda de vista los efectos sociales y educativos que produce y logre una mayor correspondencia entre el aporte mediante el trabajo y los resultados que de ello se derivan en términos de satisfacción de aspiraciones y especialmente de mejoramiento de condiciones de vida para el individuo y su familia.

Está claro que en una situación tan crítica como la que se vive, si la sociedad quiere conservar la jus-

ticia social no puede tomar medidas que afecten a amplios sectores de la población, pero ello no puede confundirse con absoluta igualdad de oportunidades, independientes del aporte que el individuo hace a la sociedad, y muchos menos puede funcionar la norma de que una parte importante de los canales de acceso al bienestar material pasen por valores alternativos, por la capacidad que se tenga para vulnerar lo establecido.

Por ello, la sociedad cubana tiene que producir su grupo de referencia interno, portador de un modelo de bienestar propio a partir del que cumple con eficiencia las normas de la Revolución, que contrarreste la influencia de otros grupos de referencia con modelos de bienestar foráneos y desajustados a nuestras condiciones.

Para esto no basta con transformar el mecanismo de distribución si ello no va acompañado del fortalecimiento del control —de la cantidad y calidad del trabajo, de la disciplina laboral y de la disciplina social, con un fuerte peso del control popular, ya sea del colectivo laboral o de la comunidad— y la vigorización de los mecanismos de evaluación, basada realmente en los resultados de la actividad.

Ese proceso de estímulo debe tener como uno de sus requisitos centrales el fuerte carácter diferenciado, según el cual se jerarquicen las actividades por su importancia y se cuide que esa diferenciación logre llegar hasta el nivel individual, para que se convierta en un impulso para trabajar más y mejor, no sólo para trabajar en determinadas actividades como ocurre en estos momentos en sectores como el tu-

rismo, a costa del abandono del empleo en otras actividades incluso de igual importancia económica o social.

Este reordenamiento económico resulta esencial. Mientras no se logre, todo esfuerzo educativo de las distintas instituciones, en especial el que se encamina a fortalecer el valor del trabajo, la honestidad y el sentido del deber y la responsabilidad social, entra en constante contradicción con la práctica cotidiana y lo descalifica.

Pero ello no significa para nada posponer las imprescindibles acciones para reforzar el proceso de socialización de niños y jóvenes, que constituye la segunda dirección de esta estrategia combinada. Ese reforzamiento tiene que producirse de manera simultánea para que contrarreste los efectos negativos que la situación actual condiciona, pero sobre todo para dotar a las nuevas generaciones de una escala de valores que las enriquezca espiritualmente y las dignifique como seres humanos, que es la única garantía para un verdadero bienestar más allá de posibles recuperaciones económicas.

Para fortalecer la socialización encaminada a la formación de valores, resulta clave elevar el poder de persuasión en el trabajo educativo y político. Entre otros factores, para ello es necesario combinar tres elementos:

- 1) Mayor información: No se puede olvidar que el nivel de instrucción que hoy tiene nuestra juventud obliga a que el trabajo educativo y político se haga con argumentos sólidos, actualizados, con interpreta-

ciones objetivas de qué pasa en Cuba y en el mundo, sin estereotipos.

2) Mayor participación: Sobre todo como generadores de tareas y de decisiones, lo que favorece un mayor nivel de compromiso e implicación social. En el centro de la atención debe ponerse la participación en el trabajo.

3) Política de estímulos: Encaminada a identificar, jerarquizar y estimular los ejemplos positivos.

Un requisito indispensable para favorecer estas acciones es el incremento de la articulación entre instituciones socializadoras para alcanzar la unidad de acción que sea capaz de contrarrestar tendencias negativas.

Las circunstancias en las que se desenvuelve hoy la vida en Cuba, facilitan la acción socializadora coherente con las metas sociales de tres instituciones: la escuela, los medios de difusión masiva, en especial la radio y la televisión y las organizaciones políticas y de masas.

En esa coordinación de esfuerzos a la escuela le corresponde un papel determinante, para lo cual hay que enfatizar en las transformaciones del trabajo educativo orientado a fomentar el proceso de educación más que el de instrucción. Entre otras acciones, eso significa:

- Enseñar a pensar, no a almacenar información; es decir, transformarse de un mecanismo que brinda conocimientos a uno que contribuye a fomentar la creatividad y la autonomía para el enfrentamiento de situaciones.

- Enseñar no para desarrollar habilidades técnicas parciales sino para entender la totalidad social.

- Promover cambios en las aspiraciones de los jóvenes, que potencien el papel de productor por encima del de consumidor y reorienten las demandas de calificación a las condiciones reales, a la vez que se garantice la retención escolar a pesar de las restricciones.

- Brindar elevada importancia a la formación de valores, fundamentalmente del valor nacional y del valor trabajo. Combinar en este empeño el papel de la razón (a través, por ejemplo, de la enseñanza de la historia de Cuba) y el papel de la emoción, con el apoyo en este caso de la cultura y el arte. La obra revolucionaria y literaria de José Martí es la mejor expresión de esta simbiosis y la escuela debe aprovecharla al máximo.

Se están dando pasos importantes en esta dirección por parte de la escuela y hay numerosas evidencias de estos empeños, pero aún no han logrado fructificar suficientemente y mucho menos comenzar a ejercer influencia sobre otras instituciones.

Igualmente resulta esencial el papel de la orientación social a través de los medios de difusión masiva que requiere ser jerarquizada y tocar directamente los principales problemas de los jóvenes de hoy mediante la combinación de la calidad artística y la profundidad de enfoque.

En cuanto a las organizaciones políticas y de masas, las nuevas condiciones sociales exigen un reforzamiento de la atención al escenario de la comunidad, pues son muchos más los jóvenes que se desarticulan de las actividades sociales básicas (estudio y trabajo)

y la mayor parte de las veces es en este marco en el que se inicia la realización de actividades alternativas.

Ello debería implicar un cambio en la concepción del trabajo de prevención social, de manera tal que pueda actuar realmente como prevención y no como control de los jóvenes ya problemáticos. Quizás eso requiera revitalizar el papel de los trabajadores sociales y convertir a las comisiones de prevención, sobre todo en los niveles de base, en verdaderos agentes de cambio. La experiencia de los Talleres de Transformación de la Ciudad son un buen ejemplo a tomar en consideración.

Estos ajustes en la acción de las instituciones socializadoras constituyen un importante reto, pues la situación actual puede implicar un reforzamiento del papel de los grupos de coetáneos, con un aumento de la tendencia a la conformación de grupos informales que se viene produciendo desde hace algún tiempo y el debilitamiento del papel de las instituciones tradicionales.

Materializar estos criterios para fortalecer la formación de valores en las nuevas generaciones requiere transformar también a los propios adultos, tanto en el sentido de fortalecer sus valores como en el de comprender que éstos no son inmutables y que necesariamente en los jóvenes tienen que darse cambios que constituyen un reacomodo a las nuevas circunstancias concretas en que les ha tocado formarse como generación.

De ahí la importancia de que los mayores entiendan el carácter de las peculiaridades generacionales y promuevan un clima de acercamiento y compren-

sión, sin barreras defensivas, pero también sin paternalismos, que logre diferenciar entre las transformaciones que implica el surgimiento de una nueva generación, y el deterioro de valores, para así concentrar los esfuerzos en aquellos que están en la esencia misma de nuestra dignidad como seres humanos y como nación.

Aportar elementos para esa diferenciación es una de las tareas centrales en la que las ciencias sociales pueden brindar una importante contribución.

Un análisis psicológico de los valores: su lugar e importancia en el mundo subjetivo

FERNANDO GONZÁLEZ

Vicerrector de la Universidad de La Habana

Compañeros:

Como se dijo desde el inicio, voy a tratar de desarrollar una arista nueva del tema, con algunas reflexiones generales sobre los valores, como son: ¿Cuál es el espacio del valor en el mundo subjetivo, en la psicología de la persona? ¿Qué relación hay entre valores sociales e individuales?, así como algunos determinantes de los valores en la sociedad. Los valores son todos los motivos que se constituyen, se configuran, en el proceso de socialización del hombre, o sea, todas las relaciones humanas potencialmente constituyen valores. En todos los sistemas de relación se configuran valores, y son precisamente ellos los que articulan la expresión del hombre en sus distintos espacios de relación, de pareja, social, de organización, de vida política, de amistad, etcétera.

Cintio tocaba un aspecto que es clave desde el punto de vista psicológico, para comprender el valor.

Los valores no son el resultado de una comprensión. Los valores no son el resultado de una información pasiva que se inyecta a la persona; el valor se configura a través de la persona concreta que lo forma y desarrolla, es decir, la persona acrecienta el valor a través de su historia personal, a través de su experiencia y algo que es clave, a través de su propio lenguaje. Por esta razón, cuando vamos analizar desde nuestro punto de vista los valores, tenemos que ubicarnos en que la personalidad humana es esa organización del mundo psíquico que todos tenemos, que precisamente está estructurada para ser la base de las diferencias individuales, y este es un problema que en este tema no se puede soslayar. Muchas veces hemos confundido la individualidad con el individualismo y la existencia del valor; el espacio del valor, está en la individualidad. No puede haber valores no asumidos, no puede haber valores expresados en el lenguaje de otros, lo que puede haber, son contenidos valorativos asumidos por mí, pero siempre expresados en mi lenguaje y en mi forma legítima de ver los acontecimientos.

Este es uno de los aspectos sobre el cual pienso que debemos reflexionar, y es que no puede haber proyecto social, compañeros, sin una riqueza individual extrema. ¿Por qué se hace la Revolución Cubana? Se hace la Revolución Cubana porque se reúnen una serie de potencias individuales que logran fijar presupuestos y objetivos grupales y convertirse en un sujeto de cambio social en el 26 de julio. Sin embargo después de esto hemos tratado muchas veces el tema de los valores con una cierta liturgia, con

ciertas generalizaciones falsas. La solidaridad, el internacionalismo son supervalores, pero ¿cómo se puede ser internacionalista y no tener sensibilidad hacia el que se tiene al lado?, ¿verdad? la sensibilidad humana, natural, la preocupación real por el otro, la legitimación del otro, es una condición del desarrollo de valores más complejos. Y muchas veces lo que ha habido es un divorcio entre el planteamiento social y la riqueza individual sobre la que se ha ido formando el objetivo socialmente deseado. Yo diría que al tema de los valores le es consustancial el tema de la comunicación, y esto es algo que debe atravesar todas nuestras instituciones sociales. Pero no comunicación como instrucción, no comunicación como orientación o como transmisión; comunicación dialógica real, donde se cree un espacio común, donde las partes que intervienen compartan necesidades, reflexiones, motivaciones y errores, o sea, la comunicación no es convencer a alguien, la comunicación es ubicar a alguien en el espacio de nuestra razón, en el espacio de nuestra causa, en el espacio de nuestra reflexión, pero a través de sus posiciones.

Pienso que hemos abusado en todos los órdenes, realmente, en el político, en el educativo; hemos abusado del discurso, y este discurso nos ha llevado a planteamientos demasiado generales que no siempre encuentran esa clave para la dinamización social en el desarrollo de los valores, que es llegar a sectores sociales diferentes, grupos diferentes, comunidades diferentes. Y hay que llegar a cada uno de esos espacios sociales con una comunicación que permita

el contacto con las necesidades de las personas que forman parte de esas unidades sociales.

A este fin se tienen que integrar la escuela, las organizaciones, la comunidad como un todo, en una búsqueda de diálogo que estimule realmente la implicación de las personas con nosotros. Ningún contenido que no provoque emociones, que no estimule nuestra identidad, que no mueva fibras afectivas, puede considerarse un valor, porque éste se instaura a nivel psicológico de dos formas: los valores formales, que regulan el comportamiento del hombre ante situaciones de presión o control externos, y creo que no son los que debemos formar, y los valores personalizados, expresión legítima y auténtica del sujeto que los asume, y que son, en mi opinión, los valores que debemos fomentar en toda la sociedad cubana de hoy.

Cuando Fidel dice: “La Revolución soy yo”, y que cada revolucionario debe en un momento dado decir: yo soy la Revolución. Compañeros, ese yo es grande, grandísimo, y ese es el yo que sin darnos cuenta a veces apaleamos, cuando se expresa de forma auténtica y contradictoria.

Ser yo, significa ser diferente, o sea, no puedo ser yo, siendo idéntico a los que me rodean y creo que una de las características de nuestro trabajo educativo, político, la vida de nuestras instituciones, debe ser la tolerancia a las diferencias. Debemos aprender a comunicarnos en las diferencias, debemos aprender a identificar las contradicciones en que vivimos y debemos aprender que es legítimo interpretar, por vías diferentes, muchas de las cosas que nos afectan, y esta es la verdadera condición social de la individualidad.

La individualidad es permanentemente social, porque se afirma en un proceso que es social, en el diálogo, en el respeto al otro y en el espacio en que se convive con el otro.

El hombre como individualidad es permanentemente una memoria social. Los valores son un proceso histórico que tienen especificidades en los distintos momentos del desarrollo de la persona. Por ejemplo, muchas veces subvaloramos la edad pequeña, el niño entre 4 y 8 años. Para algunos valores como el amor al anciano, el amor a los símbolos patrios, el amor a los animales, a las plantas, este es un período sensible de una extraordinaria riqueza. ¿Por qué razón? Porque cuando se dialoga con un niño entre 4 y 8 años que mató un gorrión, usted le puede antropomorfizar la situación, usted puede llevar a condición humana, en la fantasía del niño, lo que ha ocurrido. Y cuando le dice a ese niño ¿sabes que mastaste a un gorrión que tiene un nido y ahí estaban los hijitos esperando igual que tú cuando estás en la casa esperando por tu papá? Se provocan emociones que se convierten en un regulador interno, automatizado, de posteriores conductas hacia los animales.

Pero para eso hay que tener diálogo con el niño, para eso hay que estar en el espacio del niño; no se puede transmitir por una conferencia, o sea, en clases. Se tiene que transmitir en el mundo de las relaciones, y yo diría que los problemas de valores que se han señalado descansan en profundas incomunicaciones que tenemos en nuestra sociedad. Muchas veces los maestros no hablan con los alumnos, los padres no hablan con los hijos, entre los compañeros

no se habla claro y con legitimidad; cuando estamos en una situación política vemos qué va a decir la mesa, o por dónde transita la mayoría de las opiniones, y no somos capaces de autentificar nuestros criterios en el espacio social valorativo creado para ello. Sin esa comunicación es una falsedad hablar de valores, porque el valor, precisamente, es el arma que tenemos que utilizar para legitimar lo diferente dentro del espacio social en que tiene lugar. Incluso ser revolucionario, es un valor que se expresa de forma diferente en cada uno de nosotros. Se ha hablado mucho de paternalismo, y cuando lo hacemos tendemos a ratificar el lado positivo; lo damos todo, todo se crea, eso es verdad, ha tenido un lado positivo y sobre todo ha tenido algo importante, una intención social positiva, pero el paternalismo tiene muchísimas consecuencias negativas. La primera es la psicología de la uniformidad y la unanimidad; es imposible que en un foro donde estamos 200 personas todos pensemos igual y si no se expresan las diferencias es señal de que no hay compromiso, porque yo creo que por respeto elemental de alguien que va a exponer en público, en una situación tan delicada como esta misma que estamos analizando, debe decir verdaderamente lo que piensa y transitar a través de sus ideas en el enriquecimiento de las aristas que el debate puede tener.

El paternalismo ubica fuera, en sistemas de presiones externas, lo que debe estar dentro, en los motivos y las convicciones de las personas. Por eso, cuando buscamos respuestas rápidas y homogéneas en un grupo de personas —lo cual es legítimo, siem-

pre que no abusemos de ello— corremos el riesgo de ubicar al individuo en expectativas diferentes a sus necesidades reales, y ello puede impedir el desarrollo de motivos e intereses auténticos hacia las actividades, en cuya participación se estimula por resortes externos.

Pocas veces hablamos de motivaciones, pocas veces hablamos de motivo. La mejor muestra de que la información no crea necesidad es que todo el mundo sabe que fumar es negativo y nadie deja de fumar por esa razón. Dejamos de fumar cuando se nos muere un ser allegado de cáncer del pulmón que fumaba, cuando nos cuentan un drama de una persona, cuando tenemos un enfisema pulmonar y ¿por qué dejamos de fumar entonces?, porque es cuando la información adquiere un sentido subjetivo, un valor real para nosotros.

Por tanto, se trata de crear las condiciones de relación necesarias en las distintas instituciones sociales, en la comunidad, en la familia y en la escuela, para que se proceda a dialogar de una manera real, que le permita a nuestro interlocutor no ser un objeto de la información que brindamos, sino ser una parte pensante, activa, interrogadora de lo que le decimos.

Nosotros hemos llegado hasta el extremo de que cuando se cuestiona algo establecido, hay personas que se disgustan. Alegrémonos que nos problematizen. Cuando un alumno problematiza e interroga al profesor, es que le ha motivado lo que el profesor ha dicho, es que está implicado con el contenido que el profesor está expresando; por tanto, cuando interroguemos el discurso político, cuando interroguemos a

nuestros dirigentes, y cuando lo hagan los jóvenes, podemos afirmar que esos jóvenes están implicados.

Uno de los mayores problemas que tuvo el campo socialista y que se reporta en la literatura sociológica de países como Polonia, Hungría y otros era que no había polémica, lo que existía era indiferencia, total indiferencia al discurso político, total indiferencia a la vida social. Cuando hay polémica, puede haber errores, pero hay compromiso; y nosotros tenemos que apoyarnos en la capacidad que tiene el otro, sea niño, joven o adulto, para interrogar lo que nosotros decimos. Este es un proceso crucial en la formación de valores, porque abusamos de la palabra transmisión. Los valores se transmiten, pero no necesariamente por la vía oral, por el discurso. El valor se transmite, como otros compañeros han dicho aquí, en las actitudes, en ser un modelo para quien interactúa con usted. Cuando yo decía que muchas veces no diferenciábamos los distintos sectores sociales, me refería a que vamos con el mismo discurso a todos los lugares. Yo les digo que a la población del barrio Los Pocitos hay que llegar con otro discurso que a Altahabana o a El Vedado, porque viven realidades distintas, enfrentan necesidades distintas y tienen cotidianidades diferentes.

Cintio afirmaba en su exposición, que para los jóvenes la epicidad es más leyenda que vivencia, y es cierto que muchas veces abusamos de la epicidad en un discurso en general. Estamos claros del heroísmo que comporta la cotidianidad que todos enfrentamos, pero tenemos que llegar a necesidades que muchas veces no son las mismas nuestras. Graciela Pogolitti

decía una cosa que está en la base de lo que para nosotros significa la realidad. Graciela decía que nosotros —y en esto me incluyo a mí, con 45 años, a mi generación— nos sentimos plenamente realizados como generación dentro de la Revolución. Eso es cierto. Una gran mayoría no venimos de familias intelectuales y somos intelectuales. Todos nosotros hemos podido desplegar nuestro potencial humano en lo profesional, en lo político, en lo social y tenemos un espacio importante en la sociedad cubana actual. Sin embargo, los jóvenes de hoy no necesariamente tienen la misma situación. José Ramón Fabelo hacía una referencia que creo que es muy importante. La incertidumbre, la inseguridad, la preocupación por el futuro afectan los valores. Los valores no existen en abstracto, los valores existen integrados a otros aspectos del mundo subjetivo del hombre; la proyección hacia el futuro, el sentido de la vida, las concepciones de nuestra vida mediatizan la expresión y la configuración de nuestros valores, y uno de los problemas que nuestras más recientes investigaciones reflejan —María Isabel Domínguez se refería a ello en sus datos— es la inseguridad de futuro de los jóvenes. Cuando la dimensión presente absolutiza nuestra expresión personal y nos borra una representación de futuro, nos incapacita la posibilidad de proyectos. Eso, evidentemente afecta los valores y no sólo los valores políticos, afecta los valores humanos en general. Muchas veces hemos hipertrofiado el valor en su aspecto político, sin embargo, como he dicho, los valores aparecen en todos los espacios de relaciones, y quien no es capaz de atender a su

hijo y de comunicarse con él y darle afecto ¿cómo puede ser solidario?, ¿cómo puede tener valores generales bien formados? Creo que esos son los problemas que tenemos que analizar porque los valores superiores tienen que entronizarse con manifestaciones más inmediatas de esos mismos valores. Y esa es una cuestión que tenemos que cuidar, porque la ética de la indiferenciación y de la homogeneidad nos ha llevado a perder al otro en su riqueza.

Con frecuencia desaparece en nuestras evaluaciones la capacidad de diferenciar a las personas. Esta se pierde en las exigencias externas, el otro se pierde en el plano de la conducta, sin embargo, valores y conducta no son necesariamente la misma cosa. Hay conductas que aparecen cercanas a valores, que pueden ser expresión de oportunismo, que pueden ser expresión de doble moral. María Isabel hablaba de algunas instituciones, yo voy a hablar en particular de la familia. Ustedes saben que uno de los problemas que tiene la familia, que también hemos detectado en nuestras investigaciones, es que muchas veces es ella misma la depositaria de la doble moral. El niño de diez años o el joven de catorce está viendo que su padre, que es militante del Partido, tiene un discurso fuera y en la casa tiene otro, eso está ocurriendo hoy y no podemos ser ajenos a ello porque si queremos hablar de valores, tenemos que asumir la realidad tal cual es, no como la queremos ver; porque para llegar a la realidad que queremos ver, tenemos que entrar en la realidad que existe, no podemos desfigurarla.

Yo creo que ese es uno de los máximos compromisos que nosotros tenemos como investigadores.

Quería dedicar los últimos minutos al proyecto que traían los compañeros de la Félix Varela que fue abundante en esto, y es referido a la necesidad de empezar a hacer experiencias educativas con la integración de todos los factores que intervienen en el progreso educativo, esencialmente en la integración comunidad-escuela que debe llevar a un desarrollo diferenciado de la escuela como institución. Uno de los problemas que nos ha dejado el paternalismo es el formalismo, entonces a veces usted va —como cuando fuimos a Los Pocitos— a hacer una investigación en la comunidad y encontramos Casa de la cultura, CDR, FMC, hay escuelas. Sin embargo, ni las instituciones, ni las organizaciones tenían un trabajo real, de diálogo con la población. En nuestra experiencia en Los Pocitos, eran los médicos de la familia quienes tenían mayor credibilidad e influencia en la población.

Irrumpimos en Los Pocitos 13 profesores y 70 estudiantes. Y no tuvimos un solo problema, porque respetamos sin prejuicio a esa población. ¿Por qué uno tiene que llegar e imponerle etiquetas al otro?, uno tiene que tratar de buscar cuál es la verdad que tiene el otro y yo creo que estamos en condiciones, hay estudiantes universitarios, hay maestros, yo creo que, evidentemente, hay que llegar a un cambio cualitativo en la educación. Educación no es enseñar, no es transmisión de conocimientos, es comunicarse y hay muchas formas de comunicarse. La escuela no agota la función educativa, educa la familia, la poli-

cía, las instituciones, las organizaciones, la comunidad en su conjunto, tenemos que revitalizar todos los canales mediante los que se desarrolla la educación.

Nuestra educación y sus cuadros están apremiados por las dificultades de la cotidianidad y por las exigencias de la cantidad, pero no podemos eludir el reto cualitativo. ¿Cómo la comunidad ayuda a la escuela que está allí?, ¿cómo los militantes del Partido o los profesionales de una comunidad ayudan a la escuela? Los estudiantes universitarios están en condiciones de asumir tareas sociales de envergadura. ¿Qué tarea más importante que ensayar en una comunidad una forma de fusionar la educación cubana y meter todas nuestras fuerzas allí? Yo creo que ideas pueden haber muchas y llamo a que sesiones como estas sean sólo un primer momento de reflexión, que no la puede agotar en todas sus aristas, sino que inicie un proceso de continuidad.

¿Por qué la formación de valores es también un problema pedagógico?

Dr. GILBERTO GARCÍA BATISTA

Decano de la Facultad de Pedagogía
del Instituto Superior Pedagógico “Enrique José Varona”

Se nos ha convocado a esta audiencia para analizar el problema de la formación de valores, reconocido por todos su carácter complejo y contradictorio, vista su dimensión global, y marcado por la influencia de múltiples factores que evidencian manifestaciones específicas en los momentos actuales de nuestro desarrollo social.

Las transformaciones revolucionarias ocurridas en nuestro país desde 1959, matizadas hoy por la situación del período especial, nos plantean la necesidad de reformular, precisar y clarificar el sistema de normas y valores socialmente aceptados.

En el análisis de la situación actual no falta razón para señalar una serie de debilidades al trabajo educativo; sin embargo, no podemos absolutizar el papel de la escuela o el maestro en la formación de valores, lo que además de incorrecto sería injusto.

Los valores contribuyen a que una persona, una institución o una sociedad establezca sus rumbos,

metas y fines. Constituyen guías generales de conducta que se derivan de la experiencia y le dan sentido a la vida, propician su calidad, de tal manera que están en relación con la realización de la persona y fomentan el bien de la comunidad y la sociedad en su conjunto.

Se puede hablar de los valores en un doble sentido: de lo que vale un objeto para satisfacer una necesidad y por otro lado, en dependencia de constituir la meta de la vida.

Tener valores es estimar un objeto, un principio. Es ubicar las cosas por orden de importancia, es decidir lo que es más importante en un determinado momento y luchar por ello. Es ubicar y jerarquizar los bienes materiales y espirituales en orden de importancia.

Esta jerarquía de valores se forma en el individuo en su interacción con las diferentes esferas de la vida: escuela, familia, comunidad, trabajo, ambiente físico, ambiente sociocultural, entre otros.

Desde nuestra óptica, tener valores es apreciar en alto grado los elementos de nuestra cultura, las relaciones humanas, a las personas, determinados sistemas políticos, morales, que afectan al individuo, el hogar, nuestra escuela y la sociedad en general.

Contamos con un caudal de valores formados a lo largo de nuestra historia, presentes en el pensamiento y las tradiciones del pueblo cubano y en la obra de la Revolución, que se convierten hoy en fortalezas para continuar en el camino de formación de las nuevas generaciones.

Surge entonces el problema del ideal de hombre y los valores que lo caracterizan como parte de nuestro proyecto revolucionario.

Hoy debemos reconsiderar este ideal, pues nos planteamos un modelo que respondía más a las condiciones que estaban por construir que a la realidad. No es posible llevar a la práctica un modelo de hombre para una sociedad libre de divisiones de clase, basada en la distribución con arreglo a las necesidades y el carácter vital del trabajo, cuando nos encontramos hoy en un momento difícil de transición de una sociedad a otra.

En la Constitución de la República de Cuba se propone la formación comunista de las nuevas generaciones y la preparación de los niños, jóvenes y adultos para la vida social.

Ese ideal en el que se trazan una serie de cualidades queda aún en términos muy generales. El hombre comunista no es perfecto y hasta el momento no lo hemos alcanzado. Es necesario hacer precisiones y diseñar el mejor hombre posible a formar en las condiciones de los cambios sociales y perspectivas, que supere en cualidades al que tenemos hoy.

Como ya se ha dicho, es necesario considerar para ello todas las ideas planteadas en nuestras mejores tradiciones pedagógicas: Luz y Caballero, Varela, Varona, José Martí y actualmente, el pensamiento del Che y Fidel Castro.

En la obra de José Martí encontramos como ideal de hombre aquel que fuese generoso, altruista, independiente y creador. Sin pretender adentrarnos en estas cualidades, sí resulta esencial tomar en consideración:

- La relación hombre-hombre en el establecimiento de valores universales.

- La relación hombre-naturaleza en el cuidado y protección del medio ambiente.

- La relación hombre-Estado en el desarrollo de la calidad ciudadana, cultura del cumplimiento de deberes, derechos y criterios de democracia y participación.

De estos criterios podrían desprenderse valores esenciales como el amor al trabajo, a la patria y su historia, a la familia, los niños, ancianos y a la naturaleza. El desarrollo de la honradez, la honestidad, la responsabilidad, la solidaridad y el sentido de bienestar común, la educación en los deberes y derechos del ciudadano y la disciplina social, en fin, un hombre concreto para nuestra sociedad.

Este modelo basado en cualidades debe utilizarse desde los primeros grados con las adecuaciones a que obliga el desarrollo del niño. Cuando el estudiante comienza a realizar estudios profesionales, deberán agregárseles aquellas cualidades especiales que caracterizan su carrera.

De acuerdo a nuestro criterio hoy debemos enfatizar los valores de independentismo, patriotismo, dignidad, humanismo, amor a los humildes, laboriosidad y actitud de amor y respeto a la familia y los hijos, como esenciales para consolidar nuestro proyecto revolucionario.

La situación actual nos obliga a realizar un análisis crítico de nuestra práctica educativa a nivel de toda la sociedad que revele los problemas de diversa índole que tienen un carácter acumulativo, y manifestaciones diversas en diferentes momentos y contex-

tos, que en un futuro más o menos cercano, pudieran tornarse más complejas en un plano cuantitativo también. Todos ellos no son producto del período especial, sino que ya se habían manifestado anteriormente en la sociedad y hoy se agudizan, pudiendo agravarse e incluso surgir otros males al emerger nuevas condiciones de vida.

Entre los problemas que se han comenzado a manifestar encontramos los siguientes:

- Reestructuración individual de normas y valores, a veces con gran desgaste ético para diferentes capas de la sociedad. Se incluye desde el profesional que cambia su puesto de trabajo calificado por un modesto trabajo en el sector del turismo, o el funcionario que al pasar a trabajar a una empresa mixta disfruta de diferentes privilegios.

- Deterioro en el cumplimiento de reglamentaciones y normas de convivencia. Insuficiente desarrollo de hábitos de cultura social como consecuencia de la falta de exigencia y sistematicidad.

- No respeto a la autoridad de padres, maestros y otros funcionarios sociales.

- Comunicación irrespetuosa. Vocabulario inadecuado y lenguaje vulgar.

- Pobre desarrollo del grupo escolar en función de la tarea educativa, lo que no les permite interactuar entre ellos para mantener normas de trabajo estable. Las relaciones afectivas superficiales no mediatizadas por la actividad de estudio, unido a la forma de organización de la actividad docente, generalmente frontal, reflejan la influencia limitada de la educación y la enseñanza en la educación del grupo.

- Falso concepto de compañerismo en las relaciones entre los jóvenes, manifestado en la ausencia de enfrentamiento ante manifestaciones de deshonestidad y ausencia de valoración crítica, entre otras, durante diferentes actividades realizadas.

- Excesiva cantidad de roles sociales extrafamiliares como fuente de contradicciones y conflictos entre los miembros de la familia y la sociedad en su conjunto.

- Orientaciones de valor de las familias, configuradas temporalmente por el período especial, lo que puede hacer aparecer manifestaciones de individualismo, egoísmo y otras cualidades negativas.

- Dificultades en la significación social del trabajo para niños, adolescentes, jóvenes y adultos, formados en condiciones de una escuela de estudio-trabajo, lo que constituye un reflejo de que no existe aún una comprensión clara del valor social del trabajo como actividad vital de la existencia del hombre, capaz de proporcionarle toda riqueza espiritual y material.

- Existencia de una propensión hacia un nivel de regulación externo o moral convencional estructurado a partir de la no correspondencia entre las manifestaciones de lo que se expresa en el plano verbal en relación con la conducta real de los sujetos en la práctica, lo que de hecho conduce a una doble, incluso triple moral.

A pesar de estos problemas, en diferentes investigaciones realizadas, encontramos en distintos grupos de estudiantes una marcada orientación hacia valores positivos relacionados con el comportamiento social y la vida escolar. Entre los alumnos de preuniversitario existe una tendencia mayor a orientarse hacia va-

lores morales deseables siempre, como ser honestos, sencillos, críticos y autocríticos, ayudar a los demás, entre otros.

Existe una alta valoración de los escolares primarios sobre la figura del maestro, confirmada tanto en la literatura pedagógica como en los resultados prácticos a lo largo de todo nuestro proceso revolucionario, ¿por qué entonces esto comienza a deteriorarse cuando esos mismos escolares promueven a la enseñanza media?

La vida familiar ocupa, en general, lugares secundarios; esta situación alcanza porcentajes más altos entre adolescentes. Podría explicarse, entre otras causas, por la situación de que un gran número de ellos son alumnos internos que permanecen separados de sus padres y de la vida en común gran parte de su tiempo. De ahí la necesidad de intensificar el trabajo con la familia para lograr la unidad de acción con el resto de los factores y buscar alternativas que favorezcan una mayor estancia con la familia y para que no se pierda la acción insustituible de la misma.

En la investigación realizada sobre la caracterización del joven universitario, con una muestra de estudiantes de seis centros de educación superior, se encontró un pobre desarrollo de los valores morales analizados. Entre los factores que se consideraron en dicha investigación y que pueden estar influyendo en estos resultados, se encuentran los de orden social en general, en particular las condiciones materiales del país y las deficiencias en los diferentes niveles de enseñanza (contradicciones entre el modelo, los objetivos educativos y la cotidianidad que rodea al edu-

cando, interés centrado en el resultado de la nota y no en el proceso, habilidades y valores que deben caracterizar el proceso de formación del estudiante, entre otras), todo lo cual va conformando inevitablemente una determinada fisonomía de nuestros estudiantes.

El exceso de tutelaje en la educación, las responsabilidades asumidas por los adultos en lugar de los jóvenes, la solidaridad e interés común entendidos como “ayuda” en cualquier condición y a toda costa, la amistad sentida como amiguismo, han permeado los valores sociales y se reflejan de forma especial en el desarrollo moral de los estudiantes en los centros investigados.

El proceso de formación y apropiación de los valores, desde nuestra óptica, constituye un trabajo esencialmente educativo que se convierte en orientador de la acción.

La formación de valores constituye para nosotros hoy un proceso básico para la elevación de la calidad educacional.

En la obra martiana encontramos una estrategia para la formación moral del hombre. De ella se deducen una serie de principios y su expresión concreta en instituciones y diferentes formas de la conciencia social, y podemos extraer elementos esenciales y métodos generales para la formación de valores y la educación de las nuevas generaciones.

Existen diferentes principios y tesis planteados por distintos autores que tienen validez para la educación de la personalidad en general y la formación moral en particular, y pueden tener un carácter regulador para orientar la actividad educativa en la prác-

tica. Entre ellos cobra significación *la unidad de lo afectivo y lo racional* donde se expresa la gran importancia de lo afectivo en la educación moral. Todos los elementos que se integran en la personalidad tienen una naturaleza racional y afectiva. Los sentimientos a su vez ejercen gran influencia en el intelecto.

Otro principio es *la unidad de la actividad con la comunicación* que crea un clima adecuado de comprensión mutua entre los individuos.

Junto con el proceso de interiorización y asimilación de conocimientos y habilidades deben ir ocurriendo cambios estables de la personalidad con la aparición de nuevas y complejas cualidades, lo cual refleja *la unidad de lo instructivo y lo educativo*.

Con la elevación del *carácter científico del contenido* se va conformando además un modelo de personalidad sobre la base de determinados ideales que se corresponden con nuestra ideología.

La existencia del *carácter contradictorio en la asimilación individual del sujeto en condiciones colectivas de ejecución* garantizan una condición básica para el desarrollo del individuo como miembro de un grupo.

Con la *interacción de la educación con la vida social y el trabajo* se garantiza la preparación de las nuevas generaciones para resolver los problemas de la actividad laboral futura y la vida social en general, a partir de las condiciones del presente. Es una condición necesaria y esencial para desarrollar un proceso educativo de calidad.

La formación de los valores a que aspiramos es posible desde la arista pedagógica mediante un pro-

ceso de clarificación con los estudiantes de los diferentes niveles, educadores, padres de familia y representantes de las organizaciones; sobre cuáles son los valores, asumir la responsabilidad de su comportamiento, expresar verbalmente los valores definidos, actuar de acuerdo con los mismos y encontrar su significado y orden jerárquico.

A la escuela le corresponde un papel importante para enfrentar las situaciones que día a día se producen relacionadas con los valores que se deben formar y que a ella corresponde instrumentar. En ese proceso pueden tenerse en cuenta las siguientes premisas:

- La formación de valores sólo es posible mediante acciones conjuntas.

- Cada individuo es una personalidad y se autodetermina.

- Ayudar no es decidir por otros.

- Se violenta la ética cuando se trata de imponer los valores. Es necesario que se adquiera mediante la práctica una significación social positiva en el individuo.

La interiorización de los valores en la escuela implica la selección adecuada de aquellos valores significativos que cada quien aprecia, puede y desea manifestar abiertamente en su grupo; de su acción y puesta en práctica de manera constante, tanto en las diferentes actividades docentes como en la vida personal en general y, por supuesto, la valoración y autovaloración de su desarrollo en diferentes momentos y contextos.

En síntesis, resulta necesario un sistema de influencias coherente con la participación de la familia, organizaciones, medios de difusión, crear las condiciones adecuadas para el desarrollo de las cualidades

morales esenciales teniendo en cuenta las particularidades de las edades, sus necesidades y motivos, puestos todos de acuerdo para su accionar sistemático.

Los educadores son un elemento activo y fundamental del proceso de formación de valores. Su contribución es indudable, aunque no es la única. En su labor diaria es necesario tener presente qué valores se encuentran en formación, ya que la apropiación de estos es un resultado esencialmente educativo.

En el proceso de formación de valores en niños, adolescentes y jóvenes es importante clarificar qué esperan los adultos y la sociedad de ellos; al mismo tiempo hay que tener en cuenta cuál es su percepción de ser estudiosos, responsables, disciplinados y laboriosos. En Martí encontramos parte de la respuesta a estas interrogantes cuando decía: “el amor es el lazo de los hombres, el modo de enseñar y el centro del mundo”. Así señaló, además, cómo deben ser los maestros: centrados en el amor a sus discípulos y a su profesión.

En la formación de maestros y profesores se trabaja por la interiorización de valores a través de diferentes vías, entre las que se encuentra el trabajo con las diferentes disciplinas del plan de estudio. También a través de toda la práctica laboral investigativa en contacto directo con el educando y el ambiente del escolar, se logran entre los futuros profesores valores positivos, como por ejemplo el amor y respeto a los alumnos, su profesión y el medio que lo rodea; aprende a ser estudioso, a resolver los problemas mediante la investigación, encontrando alternativas de solución; aprende también a ser optimista, obser-

vador, a trabajar en grupo, estableciendo relaciones correctas en el orden profesional.

En ese proceso resulta esencial enfatizar en las cualidades estéticas del trabajo del maestro mediante el cultivo de la sensibilidad, ya que por esta vía se forman también valores. La celebración de las efemérides y otras actividades en las que el estudiante, futuro profesor, sea un agente activo y haga suya la tarea, se convierten en fuente de valores morales altamente deseables y apreciables.

En las direcciones principales de trabajo del Ministerio de Educación se expresan orientaciones fundamentales para la actividad en las diferentes instituciones educativas, relacionadas con la formación moral y específicamente de valores en niños, adolescentes y jóvenes. Entre ellas se encuentra el lograr mantener bajo cualquier circunstancia el trabajo educacional, lo que se refiere al papel de la escuela en formar conciencia de la situación que atraviesa el país y nuestra realidad contemporánea.

La preparación adecuada de nuestros alumnos, con la elevación de la calidad del aprendizaje y la formación laboral de los estudiantes, constituye otra de las direcciones en las que centramos nuestros esfuerzos en la actividad educativa; por supuesto, conscientes de haber cometido errores e insuficiencias.

Para la Pedagogía la formación de valores constituye un problema de la educación de la personalidad. Para resolverlo es esencial tener en cuenta una serie de condiciones positivas que lo favorezcan tanto en la escuela como institución fundamental, como de la

familia y otras instituciones y organizaciones sociales. Entre ellas tenemos:

- La educación debe centrarse en las necesidades del proceso de formación del individuo en las diferentes etapas de su vida.

- Respeto a la dignidad, amor y aceptación de cada uno como es y a partir de ahí conformar su personalidad.

- Establecimiento de relaciones humanas de máxima comunicación.

- Hacer de la escuela un lugar atractivo en que el escolar sienta la necesidad de estar, lo cual favorece que la escuela se convierta en un centro cultural de la comunidad.

- Promover la autoactividad, el desarrollo del pensamiento creador y las potencialidades máximas del individuo.

- Crear un clima que aliente el pensamiento auto-crítico y divergente del educando.

- Evitar la educación autoritaria y la enseñanza meramente informativa.

- Evitar la inercia, el conformismo y la no participación.

- Respetar y amar nuestras tradiciones tanto en la escuela como en la familia y la sociedad. Cultivar otras que son necesarias en las nuevas etapas de desarrollo.

- Aplicación de métodos productivos que encuentren la participación, el desarrollo del pensamiento creador y la independencia. Garantizar que los propios educandos elaboren sus proyectos de vida y desarrollo personal, asimilando una vez que comprendan las mejores experiencias de la sociedad y su proyecto revolucionario y transformador.

- El contenido de enseñanza tiene un valor formador, se va logrando una actitud favorable hacia el conocimiento científico.

No es posible esperar a que existan todas las condiciones materiales para trabajar intensamente en el proceso de formación de valores. Hoy más que nunca estamos urgidos de conservar y formar los mejores valores, esos que nos han permitido resistir todas las vicisitudes, conscientes de que la educación ni la pedagogía podrían resolver completamente los problemas presentes y futuros por sí solas, sino en el trabajo conjunto de todos los elementos integrantes de la sociedad para un mejoramiento general de la personalidad y todas las condiciones que la rodean.

Bibliografía

BAXTER PÉREZ, E.: *La formación de valores: una tarea pedagógica*, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1989.

BLANCO PÉREZ, A.: "La educación en los valores, una reflexión desde la práctica educativa" (inédito), Instituto Superior Pedagógico "Enrique José Varona", 1995.

CRUELLS HERNÁNDEZ, M. D.: "Las efemérides. Su contribución en la formación de valores morales en los estudiantes" (ponencia), Instituto Superior Pedagógico "Enrique José Varona", 1995.

CEPES: "Particularidades del joven universitario en el contexto institucional" (informe de investigación), Universidad de La Habana, 1994.

- GONZÁLEZ SERRA, D.: "Martí y la formación moral del hombre" (inédito), Instituto Superior Pedagógico "Enrique José Varona", 1995.
- MARTÍ PÉREZ, J.: *Obras completas*, ts. 13 y 15, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.
- ORTÍZ TORRES, E. Y OTROS: "¿Cómo educar la personalidad?" (material mimeografiado), Instituto Superior Pedagógico "José de la Luz y Caballero", Holguín, 1995.
- RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, J.: "La escuela y la familia: un proyecto educativo común" (material mimeografiado), Instituto Superior Pedagógico "Enrique José Varona", 1993.
- TORROELLA, G.: "Pedagogía de los valores", conferencia en el Taller "Los valores en el mundo de hoy" (material inédito), Instituto Superior Pedagógico "Enrique José Varona", 1995.

Este título fue procesado en los talleres (06-07)
del Combinado del Libro "Alfredo López"
en el mes de septiembre de 1996
"Año del Centenario de la
caída de Antonio Maceo"

La formación de valores en las nuevas generaciones

En los últimos años la sociedad cubana se ha enfrentado a un proceso de profundas transformaciones internas como consecuencia de los cambios en la esfera de las relaciones internacionales, el recrudecimiento del bloqueo de Estados Unidos hacia nuestro país y la necesidad de insertarnos en la dinámica actual de las relaciones económicas mundiales. Condicionado por estas realidades, nuestro sistema de relaciones materiales y espirituales, ha cambiado también y con él los valores individuales y sociales.

La Comisión de Educación, Cultura, Ciencia y Tecnología de la Asamblea Nacional del Poder Popular convocó a una audiencia pública sobre la formación de valores en las nuevas generaciones, con el propósito de promover la reflexión sobre la prioridad de este tema, conocer las formas de acción social y las posibles vías para desarrollar este proceso que contribuirá al fortalecimiento de la cubanía, la identidad nacional y la justicia social. Esta obra recoge las más importantes intervenciones presentadas en ese encuentro por destacados especialistas desde diversos planos de análisis: filosófico, histórico, sociológico, psicológico y pedagógico.

**Edición financiada por el Fondo de Desarrollo
de la Educación y la Cultura**

ISBN 959-06-0260-6



CIENCIAS SOCIALES

9 789590 602603